

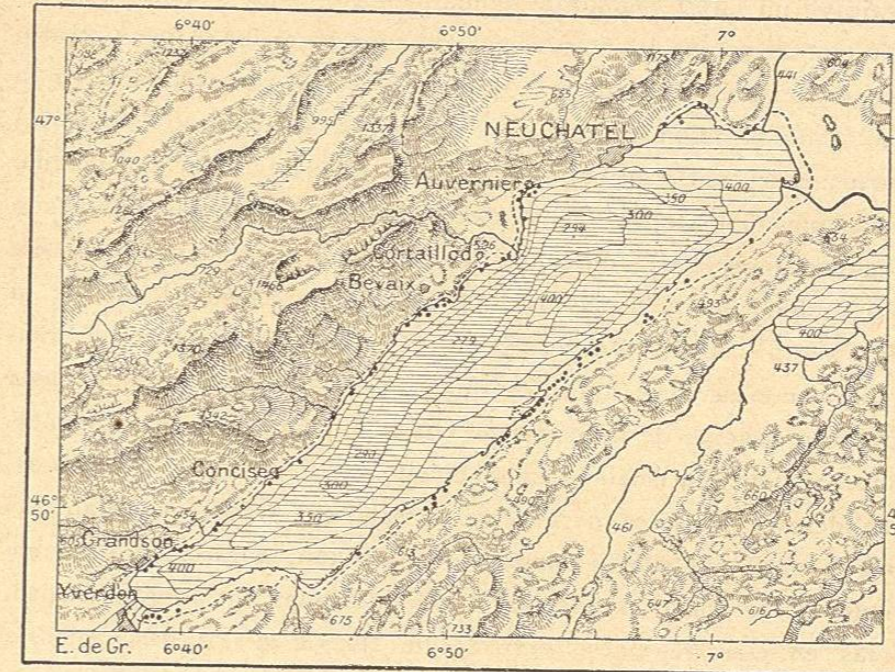
los vados. En cuanto á los pueblos conquistadores y destructores que emigraban en masa, habían de abrirse paso á través de las poblaciones, llevándolas frecuentemente por delante, pero siempre fué en la zona de los terrenos poco elevados de la Germania septentrional donde su camino estuvo más ampliamente abierto, y también fué allí donde el saqueo de los campos les procuró más víveres.

En aquellas antiguas épocas que precedieron al conflicto de las legiones romanas y de las tribus germánicas, el vasto territorio que se convirtió en Alemania distaba mucho de hallarse igualmente ocupado en toda su extensión: la repartición de las tribus presentaba allí muchos mayores contrastes que la distribución de los *pagi* en las Galias. En el sud de las regiones litorales del Norte, los macizos y las cadenas de montañas, de una escasa elevación media, no eran en sí obstáculos suficientes para impedir por completo la población de una y otra vertiente; pero los bosques que cubrían enormes espacios, montes, mesetas y llanuras, separaban los colonizadores y las tribus en marcha de una manera mucho más eficaz que las breñas, las rocas y los precipicios: los relieves y las aristas que servían de eje á la inmensidad de los bosques permanecían hasta desconocidas, y la atención popular no se fijaba sino sobre la masa negra, impenetrable de los grandes bosques; la montaña desaparecía á sus ojos bajo el espesor de la vegetación que la cubría, y hasta nuestros días muchas regiones montañosas sólo están designadas por sus nombres de bosque. Schwarzwald, Odenwald, Böhmerwald, Thüringerwald, Frankenwald, Bayrischerwald, Westwald, Schurwald, ó por el nombre de las esencias que les cubren: Fichtelgebirge. A través de esas extensiones de bosque existían ciertamente senderos, como el de Rennsteg, pero no podían servir más que para caminantes pacíficos.

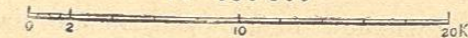
Como lo atestiguan las expresiones de los autores latinos relativas á los bosques de Germania, esos matorrales, «horribles», «espan-tosos», eran entonces muy diferentes de lo que son en nuestros días las nobles asambleas de los grandes árboles cuidadosamente despojados de sus exuberancias, de las ramas muertas y de las raíces podridas, escurridos en las hondonadas, atravesados por caminos sinuosos y cortados de distancia en distancia por anchos pretilles.

Eran espacios donde ramajes, hojarasca, troncos vivos y hierbas secas se entremezclaban con las aguas. Los mismos cazadores apenas se aventuraban hasta allí en busca de la caza, y la población de agricultores no era todavía bastante densa para apartarse de las pra-

N.º 264. Estaciones lacustres del lago de Neuchatel.



1 : 350 000



En 1887, el nivel del lago de Neuchatel había bajado 2^m 50 y su altura es actualmente de 432^m 30 próximamente. La orilla antigua está indicada por rasgos discontinuos.

De las setenta, y algunas más, estaciones lacustres conocidas al presente, cuarenta y cinco pertenecen á la edad de la piedra, las otras á la del bronce. La villa situada más cerca del río que corre al Norte hacia el lago de Biene estaba todavía habitada durante la edad de hierro, lo menos hasta el primer siglo antes de la era vulgar.

deras naturales y de las estepas para abrirse claros en el espesor de los bosques. Las vías naturales de las emigraciones se hallaban, pues, indicadas á la vez por los ríos navegables y por las llanuras herbosas; rodeaban las grandes regiones selváticas que quedaban casi completamente deshabitadas, y los lugares de choque entre las poblaciones en conflicto estaban de antemano indicados en los ángulos de las regiones negras.

La Germania meridional tenía también su vía mayor natural en el sentido del Este al Oeste: los diferentes escalones por donde desciende el Danubio, desde la Selva Negra al Ponto Euxino, marcan las grandes etapas de ese camino longitudinal. No hay duda que está cortado en varios puntos de su curso, pero en el conjunto constituye un largo camino de ronda al norte de la muralla de montañas que se prolongan desde los Balkanes hasta los Alpes occidentales; especialmente en toda la parte de la cuenca danubiana en la parte superior de Presburgo y de Viena, la vía histórica está perfectamente trazada, y principalmente en esta dirección se han movido las naciones y los ejércitos, marchando hacia las Galias ó refluendo en sentido inverso en Germania. La extremidad occidental del valle del Danubio apunta hacia las brechas que se abren al sud de la Selva Negra y de los Vosgos, y se continúa hasta el centro de Francia, formando así una abertura que conservó su importancia hasta una época reciente de la historia. Los caminos danubianos de comercio fueron también caminos para los devastadores Germanos, Eslavos, Finlandeses, Mongoles ó Turcos, y sabido es con qué matanzas llenaron unos y otros su camino: ha parecido, pues, muy probable á muchos historiadores que las grutas excavadas en las galerías profundas en esas regiones servirían de refugio á los descendientes aterrizados de las poblaciones que vivían en el rico valle danubiano desde la época de Hallstatt hasta la de Roma¹. Las villas sobre estacas, los palafitos fueron ciertamente habitadas en parte durante la invasión bárbara.

Las cuencas casi cerradas donde las naciones pueden recogerse y fortificarse como en una ciudadela, son uno de los rasgos característicos de la Europa central. Al Oeste la primera de esas cuencas está formada por el antiguo golfo que recorre el bajo Danubio antes de desembocar en el mar Negro. El río divide este anfiteatro oval en dos mitades casi iguales, al Norte el de la Valaquia, dominada por la alta muralla de los Cárpatos; al Sud la Bulgaria, que se levanta por grados hacia la cadena de los Balkanes. Al Oeste, la puerta del circo estaba como cerrada por las escarpas de las orillas

¹ O. Graewe, *Globus*, 10 Marzo 1904.

y los escollos del Danubio: difícil hubiera sido penetrar en el desfiladero tortuoso, desprovisto de sendas, sin poblaciones de refugio ni campos de cultivo; antes que Trajano construyera en esa garganta un camino tallado en plena roca, era peligroso aventurarse en ella; tan eficaz era la barrera, que las poblaciones comunicaban entre sí desde la parte superior á la inferior del río por los valles tributarios y por los altos collados que de una parte y de otra recoraban la cadena de montañas.

Del otro lado de esas «Puertas de Hierro» se desarrolla un segundo circo de llanuras, ceñido también por un círculo de alturas y atravesado en su mitad por el Danubio: es la región actualmente ocupada por los Magyares y por otros pueblos asociados de grado ó por fuerza en un mismo estado político. Su cierre de la parte superior, inmediatamente debajo del confluente del Morava, dista mucho de presentar los mismos obstáculos que el cierre de la parte inferior, y los hombres se han visto obligados á ayudar á la Naturaleza á hacer imposible el paso: por otra parte, las brechas de las montañas, relativamente fáciles, permitían el acceso del gran circo interior, y hacia el Sudoeste del lado del mar Adriático, la fuerza de atracción ejercida por el rico valle del Po, por el sol y la civilización del Mediodía solicitarían fuertemente á los pueblos y excitarían las veleidades de emigración y de conquista; sin embargo, la disposición geográfica del vasto recinto tuvo siempre una influencia considerable sobre la distribución de los pueblos danubianos.

Una tercera comarca de la Europa central, y hasta la que á buen derecho puede considerarse como el medio geográfico del continente de Europa, ofrece ese carácter de reducto cerrado por todas partes: tal es la Bohemia. Por tres lados al Sudoeste, al Noroeste y al Nordeste las murallas son elevadas, constituyendo cadenas de ringleras múltiples y de escalos penoso por la extensión de sus bosques; únicamente la cara del Sudeste no presenta más que un levantamiento del suelo sin carácter montañoso. Este último lado del gran cuadrilátero está más indicado que francamente practicado, pero es suficiente para dirigir las aguas y los hombres al Oeste hacia el Elba, al Este hacia el Morava y el Danubio. Esta ciudadela central de Europa no por eso deja de quedar abierta al Este hacia

el mundo eslavo, y de ese lado vinieron los habitantes actuales del país, forma un terrible tajo en el área germánica, y hasta nuestros días, á pesar del movimiento nivelador de la civilización moderna, á pesar de la construcción de los caminos y la penetración de las razas y de las lenguas sobre las fronteras, el relieve del suelo ha conservado toda su importancia en la repartición y el equilibrio de las poblaciones de origen diferente.

La llanura de Baviera forma una cuarta cuenca. Es en verdad poco clara hacia el Norte y el Oeste, pero está suficientemente indicada. Collados de escasa altura unen el valle del Danubio á los del Main y del Neckar y á la cuenca del lago de Constanza; sin embargo, las poblaciones que viven entre los Alpes y la línea de altura llamada Schwäbischer y Fränkischer Jura, después Bayrischerwald, han tenido siempre cierto sentimiento de su independencia geográfica.

En la época de la emigración de los bárbaros, lo mismo que en nuestros días, la Europa central estaba habitada en su mayor extensión por pueblos llamados de raza germánica, fundándose en su lengua y en la tradición. En realidad casi nada sabemos sobre los caracteres somáticos que diferenciaban los pueblos que generalmente se han dividido en grupos sármata, godo, germano y celta. Así los Vándalos se han clasificado entre los Germanos padres de los Alemanes; por otra parte los Vendos, Venedos, Vénetos, se cuentan incontestablemente entre los grupos sármatas, parientes de los Eslavos, y cuyo nombre ha persistido en el de Wendes de Lausitz; ¿habrá de considerarse como simple coincidencia verbal la analogía de las palabras Vendo y Vándalo, como se ha hecho respecto de Cimrios y Kimri? Dificultades semejantes se encuentran en el estudio de los orígenes de los Burgondios, de los Alanos, etc.¹ Todo indica que en las épocas de la prehistoria la noción de raza no tenía mucha más autoridad que en nuestros días².

No considerando, pues, más que grupos lingüísticos, los historiadores han tratado de reconstituir sus territorios respectivos y de

¹ André Lefèvre, *Germanians et Slaves*. — Emile Eude, *Cosmos*.

² Van Gennep.

presentar su mapa aproximado antes de la era de las emigraciones; de donde resulta que, de una manera general, la división en Altos y Bajos Alemanes existía desde esta época y se ha mantenido en su conjunto, á pesar de los desplazamientos de toda clase que se han producido. Pero en ningún tiempo, desde que Pitheas los



EL DANUBIO EN EL PASO DE LAS PUERTAS DE HIERRO

Cl. Champagne.

menciona por primera vez hace veintidós siglos y medio, los Germanos habían constituido una nación coherente, con conciencia de su unidad étnica y considerándose como obligados entre las diversas poblaciones á la práctica de cierta solidaridad. Tampoco parece que se hayan dado un nombre genérico, porque el término de «Germanos» no era empleado por ellos y no se sabe cuál era su verdadero sentido: «Hombres de guerra», «Hombres de espada», «Orientales», «Aulladores» ó «Vecinos»¹. Aunque las tribus germánicas conociesen la agricultura, practicada principalmente por las mujeres y que la consecuencia natural del trabajo agrícola fuese inducir las poblaciones al

¹ Mahu, *Ueber den Ursprung und die Bedeutung des Namens Germanen*.

amor de la tierra y al establecimiento de residencias fijas, las frecuentes guerras, las incursiones súbitas y las huidas precipitadas habían hecho persistir entre los Germanos un régimen semi-nómada. Todavía en plena Edad Media, el derecho germánico colocaba la casa entre los bienes mobiliarios, supervivencia de los tiempos en que la vivienda no era más que un carro que rodaba siguiendo á los ejércitos en los campos de batalla del Occidente¹ y en que la mujer con la espada en la mano hacía volver á los fugitivos hacia la pelea, dispuesta á matar su progenitura y matarse ella misma si los hombres no salían vencedores en la lucha.

La guerra, siempre la guerra, tal era el ideal del germano: el repertorio de los nombres propios que prevalecía entonces en las familias es de ello prueba irrecusable. La mayor parte de las apelaciones son dictadas por la vanidad ó por el furor guerrero: como Sigidegun, «Espada Victoriosa», y Plechelm, «Casco resplandeciente», y también Gundulf, «Lobo de los combates», y Walramm, «Cuervo de la Matanza», y un nombre que persiste, Eitel, Atila, como recuerdo admirativo de la ferocidad de aquel hombre sanguinario. ¡Cuántos nombres y apellidos cuyo significado primitivo queda ignorado de los que los usan, perpetúan en nuestras lenguas modernas la memoria de aquellos tiempos de sangre!

Aunque emparentados con los Griegos y con los Romanos por el lenguaje, y muy probablemente también por el origen, los Germanos contrastaban con ellos por el estado de las costumbres, las instituciones civiles ó políticas y estaban respecto á ellos retrasados un millar de años por el hecho de la vida guerrera á que se habían dedicado. Tácito, que descubrió sus hábitos y costumbres, lo hizo con intención evidente de oponerles irónicamente á las de sus conciudadanos afeminados. Podían alabarse, en efecto, de las cualidades que poseen los pueblos que viven en medio de constantes peligros: sabían soportar alegremente las fatigas, prestarse valientemente ayuda mutua en los combates, sacrificarse noblemente por el compañero escogido; hablar y obrar con ruda franqueza; tenían también el sentido íntimo y profundo de la naturaleza que les rodeaba y les pene-

¹ Godefroid Kurth, *Les Origines de la Civilisation moderne*, I, p. 70.

traba, asociándose á todos sus actos. Pero ese género de vida desarrollaba necesariamente en ellos el espíritu de autoridad y de violencia. El hombre era el dueño absoluto de mujer, hijos, servidores, y, en la guerra al menos, debía obedecer estrictamente á un jefe que tenía también sobre él derecho de vida y de muerte.

El acto de adopción de los niños entre los Germanos caracterizaba de una manera notable el grado de civilización que habían alcanzado. En el fondo, el derecho germánico era el mismo que el derecho romano y las mismas razones le habían dado nacimiento: el padre, no estando seguro de poder mantener su progenitura, se había reservado el derecho de no acogerla en el número de los vivos sino cuando la madre acababa de darle á luz; pero si el acto era idéntico entre las dos naciones, estaba acompañado de formas diferentes, como resultado de que los hombres del Norte, no «urbanizados» aún, vivían más íntimamente en la Naturaleza y se veían constantemente rodeados de genios y de seres misteriosos que había que tomar como testigos. Según las tribus, el niño tenía derecho á la vida desde que había tocado con sus labios miel ó leche, desde que una gota de agua había purificado su cuerpo ó había lanzado su grito hacia las cuatro paredes de la cabaña ó mirado la viga del techo¹: desde los cuatro rincones había oídos inclinados hacia él para oír sus vagidos. Sin embargo, el niño no entraba en el mundo de los hombres sino por una adaptación formal, cuando el padre, levantándole en sus brazos, le daba un nombre, le insuflaba, por decirlo así, un alma. Después del cumplimiento de esta práctica, la vida del niño ó de la niña estaba á salvo y el derecho de muerte ó de abandono en el padre no reaparecía más que en los tiempos de miseria extrema. Pero respecto del esclavo y de su progenitura, todo estaba permitido. Cuando un emancipado moría sin recursos, sus hijos eran encerrados en una caverna, y el amo anterior únicamente tenía la obligación de salvar una sola existencia, la del más resistente, «la supervivencia del más apto», tal era la divisa dos mil años antes de Darwin.

Como ejemplo de las antiguas costumbres, deben citarse las de

¹ Grim, *Rechtsalterthümer*.